

Lo que es la Intervención

Al señor Lincoln G. Valentine:

Gracias a la presentación que de Vos hace nuestro esclarecido compatriota, el doctor Ruvendo Argüello, y a su enérgica excitativa, consentimos en exponer nuestras opiniones a propósito de "Intervención". De otro modo, os lo decimos con sentimiento, nosotros habríamos creído que la acción de la "Century Magazine" era un ardid para hacer brotar nuestros anhelos o despertar nuestras iras, sin otro objetivo que dar novedad a sus columnas, sin interés humanitario o mundial de ningún género, sin obedecer a principio científico o moral alguno, contada solamente de haber hallado un veneno de producciones curiosas para sus lectores.

El doctor Argüello nos dice que sois un pensador y un filántropo; él responde de vuestra sinceridad y de vuestros nobles propósitos; y es a este título de representante de los intereses generales de la especie, y de investigador concienzudo de las leyes de su desenvolvimiento, que vamos a hacer la siguiente exposición de agravios y motivos. Si con ello sufre vuestro corazón de patriota no será nuestra la culpa: vuestra es la solidaridad con vuestros conciudadanos y suyos, son sus errores. Y, si por acaso, vuestra inteligencia y vuestro corazón no están dispuestos a renunciar a todo antes que abjurar de la Razón y la Justicia, ni busquéis la una ni os constituáis en apóstol de la otra, porque a buen seguro que encontraréis el absurdo y obtareis la iniquidad.

Entre los Estados Unidos del Norte, que se dicen poderosos, y la débil Nicaragua, hay un abismo y en el fondo de ese abismo corre un torrente de nuestra sangre.

No vengáis a turbar la quietud temporal de que gozábamos en el relativo olvido de las ofensas recibidas de vuestros compatriotas, viniéndonos a preguntar ingenuamente si nosotros queremos la Intervención.

Condenamos la Intervención en el pasado por brutal y criminal, la condenamos en el presente por inepta y corrompida, y la condenaremos siempre como negación de la Libertad.

Nosotros bien quisiéramos tener palabras adecuadas para hacer la Verdad menos amarga.

Vuestro país ha estorbado primero que en Nicaragua ejerciera el poder uno de sus hijos más esclarecidos, haciendo renacer una revolución de sus cenizas como el Fénix, suministrándole elementos para continuar la lucha y ejerciendo presiones bochornosas al solo título de incomparablemente más fuerte.

Vuestro país ha impedido por la fuerza, es decir, mediante el asesinato en masa de nuestros hermanos, que Nicaragua arrojara del poder al traidor gobierno que la vende, más por ignorancia y debilidad que por malicia, pues no concebimos en ningún nicaragüense perversidad suficiente para tratar de perder deliberadamente a su Patria.

Vuestro país ha obligado al nuestro a empréstitos ruinosos y lo mantiene en un tutelaje humillante, cuyos efectos son la penuria y el hambre para nosotros, mientras los tentáculos del pulpo que chupa nuestra sangre se hinchaban y engordaban.

Vuestro país contra toda razón y contra todo derecho, mantiene en nuestro suelo gente armada, lo cual constituye y no solamente percibe amenaza sino perpetua ofensa, y suscita y mantiene el odio para los vuestros.

Ignoramos quiénes son los responsables de estos delitos de lesa huma-

nidad, sólo sabemos que son norteamericanos; sabemos también que dados vuestros antecedentes y las corrientes de la opinión entre vosotros esto no puede dejar de ser siempre así, en tratándose de los otros países. Vosotros vais precipitados en una pendiente de la cual no podeis separaros. Cuando hayáis llegado al fondo del abismo, entonces comenzareis a escalarla, y la tarea será larga y penosa, pero esto necesita ser demostrado y no es lugar para ello.

* * *

Ahora pasamos a analizar los fundamentos de vuestra invitación.

Es indudable que la reacción sigue fatalmente a la acción, los colores se manifiestan mejor por el contraste y el llegar a un extremo conduce a buscar el opuesto. El ejemplo de Europa, pretendida civilizada y cristiana, nos enseña que debemos examinar si nuestra civilización y nuestro cristianismo son reales. Conviene que busquemos la razón de los males que conducen a la guerra para extirparlos de raíz.

Pero no estamos conformes con Vos cuando decís que tenemos identidad de ideales y aspiraciones; y no damos la posibilidad, por lo menos en un lapso de varios siglos, de que el hemisferio occidental llegue a formar una sola entidad política; no viendo, por otra parte, su necesidad.

Busquemos sinceramente la Verdad y practiquemos rectamente la Justicia; tratemos de que nuestros respectivos pueblos la lleven a la práctica con perfección cada vez más acabada; y habremos hecho cuanto el deber nos exige y cuanto requieren los intereses de la civilización que habrá de desenvolverse en este Continente, y cuanto la Voz de la Razón Suprema nos ordena.

Nuestra idiosincracia, nuestro temperamento, la escuela de nuestros antecedentes, nuestras tradiciones, nuestras creencias, ó si queréis nuestros respectivos cultos dominantes, sin contar la raza y la diferencia en el grado y sentido de nuestra respectiva evolución, barreras son infranqueables que no podrán hacer salvar las reveries de unos pocos cerebros soñadores ni los impulsos prematuros de algunos corazones generosos.

Vosotros propiamente no sois americanos, sino europeos trasplantados a América, y si vosotros insistís en continuar llamándoos así, nuestro deber será llamarnos colombianos, que es un nombre que nos cuadra mejor. Así desagruvaremos al ilustre descubridor, del injustificable olvido en que se le echó al bautizarnos, y poseeremos un nombre genérico que no tenemos, pues habéis usurpado el que nos corresponde.

Siendo vosotros, pues, una rama de la raza blanca pura (los elementos extraños que existen en vuestro suelo están perfectamente separados y pasivos), habréis de desenvolveros como ella y seguir su destino. A nos otros nos ha tocado uno diferente. Por eso, cuando vuestro sol se recline en su ocaso el nuestro relucirá con toda su fuerza en el Zenit.

Hemos dicho que no vemos la necesidad de la unión; al menos mientras nuestras respectivas tendencias sean tan opuestas como al presente; y mientras un perfeccionamiento positivo de nuestros respectivos pueblos no haga posible nuestra aproximación, y provechosa y sin peligro nuestra liga como naciones.

Por ahora, vosotros estais muy orgullosos de vuestra relativa paz y de

vuestro material adelanto. Teneis una portentosa red de ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, inmensas ciudades con edificios prodigiosamente elevados, industrias que ejecutan milagros y primores; y por sobretodo, vuestros padres os legaron como base de la Libertad, el respeto a la Ley y a la opinión ajena, lo cual realizáis a maravilla en vuestro suelo, y como base de la prosperidad, la confianza en vosotros mismos, en vuestra iniciativa y actividad.

Vosotros estais orgullosos de todo eso y como veis que nosotros no lo tenemos, venís a ofrecernos una limosna de todas estas cosas; no es así?

No nos digais para adormecernos que nosotros somos grandes intelectualmente, porque nosotros sabemos bien que no lo somos. Grandes intelectualmente fueron aquellos ilustres pueblos de la antigüedad que se llamaron India, Egipto, Israel y Grecia cuyos monumentos de arte y de ciencia han desafiado los siglos, cuyas sapientísimas instituciones les aseguraron luengos siglos de existencia, y cuya pléyade de gigantescos filósofos, legisladores y profetas todavía asombran al Mundo.

Nosotros... somos el selvático niño que se extasia ante las obras de la civilización. Vais a replicarnos quizá, que este niño presenta los destellos del genio y manifiesta los impulsos del héroe.

¡Descubríos, pues, ante ese niño y no pretendáis encadenarlo!

* * *

Con fina ironía que no deja de ser amarga, nos dais a entender que nosotros somos incapaces de alcanzar la Libertad por nosotros mismos, y de llegar a la organización definitiva. Agregáis que la puerta debe abrirse al huésped ó ser forzada por malhechores; y llegais hasta advertir que estos malhechores recibirán la sanción del mundo porque tienen el derecho de la fuerza. Decís que si los Estados Unidos no lo hacen es porque son más altruistas que lo han sido los más adelantados pueblos europeos. Y aquí no sabemos cómo dominar nuestro asombro, ni cómo formular una respuesta para quedar en el campo de la discusión serena. El deseo de continuarla casi nos abandona, porque comenzamos a dudar de la sanidad de vuestros propósitos.

Mas una idea nos sostiene: a la falacia de vuestras sugerencias y a la inexactitud de vuestras conclusiones urge oponer razones fundamentales y lógicos razonamientos.

Hacéis lo mismo que hacen todos los norte americanos por bien intencionados que parezcan: pasar por encima de nuestra dignidad y decirnos rudamente que sois superiores a nosotros, y que nuestro deber es someternos. Vuestros sentimientos interiores os traicionan. La profunda convicción que es en vosotros de vuestra inmensa superioridad no puede dejar de manifestarse: plétóricos de energías y hartos de conocimientos, queréis esclavos y discípulos; sin consultar si vuestras obras nos placen ni si vuestros conocimientos nos satisfacen; si luces incomparablemente más bellas no iluminan ya nuestro suelo a pesar de su aparente oscuridad.

No digais que somos rudos, ó mas bien, perdonad que lo seamos.

Nada justifica aquellas vuestras palabras de que "la conciencia americana vibra a cada violación de la nueva etiqueta". Los Estados Unidos no solamente han violado la etiqueta internacional sino que han ejecutado delitos que castigan severamente en lo privado sus propias leyes.

Parecís querer decirnos que nuestra conveniencia sería suscribir un

pacto autorizándonos mutuamente a intervenir en los negocios del vecino, siempre que sea necesario. Y yo quisiera saber cuándo los Estados Unidos van a consentir en que Centro América intervenga en sus asuntos domésticos, siquiera sea para investigar quien linchó al condenado de Georgia.

La propuesta de sanción de que la Nación que abuse de la confianza de su vecino quede excómulgada de la Iglesia de la ética internacional, nos hace el efecto de hablar de honor al bandolero empedernido, Individuo ó Nación que no se cura de la Ley Moral ni de la Justicia Eterna para ejecutar actos ostensiblemente reprobados, menos puede curarse de lo que digan la ética ni la estética.

Hacedos menos sencillos ó sedlo menos vosotros.

Y si vuestra conducta tiene solamente por base el "qué dirán" de las otras naciones, preciso es confesar que tenéis muy modesto apoyo contra los embates de vuestras propias pasiones. Nosotros entendemos la moral con un fundamento más sólido y con alcances más altos.

* * *

Para nosotros la Moral es la regla de la Libertad, y la Libertad, la condición obligada del espíritu en el proceso de su lucha por conquistar la Inmortalidad; y es también la gloria de aquel que ha alcanzado esa misma inmortalidad.

Ningún acto, ningún impulso, ningún pensamiento son indiferentes; ellos tienen su sanción, eternamente la misma y rigurosamente lógica y proporcionada en el seno del Absoluto, y su consecuencia fatalmente cierta y matemáticamente justa en el propio espíritu.

La Libertad es para nosotros no solamente la ausencia de obstáculos materiales que nos impidan ejecutar nuestra voluntad ó nuestros caprichos; sino también y principalmente, la ausencia de sombras en la mente que nos impidan reconocer la Verdad y descubrir el error; y la ausencia de presiones en el corazón que nos impidan aspirar al Bien y sentir el Amor.

La promesa de un estado semejante y la posibilidad de alcanzarlo ejercen en el hombre una fascinación sin contrarresto. Y ello es la prueba más elocuente de la divinidad de su esencia.

Para nosotros es incontrovertible que bastan el deseo sincero del Bien y la práctica abnegada de la Justicia para que las sombras en la mente se disipen, y las presiones sobre el corazón se levanten. Pero este deseo debe ser íntimo y espontáneo y esta práctica consciente. Toda acción exterior es sencillamente inútil é impertinente. Dios mismo no interviene despóticamente en el pensar y el querer humano; y los verdaderos sabios emiten la Verdad y dejan a la buena voluntad é inteligencia del discípulo recogerla y meditarla.

Sólo las consecuencias de nuestros yerros y el dolor que acarrear nuestras faltas son capaces de despertar en nosotros la concepción de lo Verdadero y encendernos en el amor de lo Bueno. Sólo la observación, la experiencia y la investigación personal conducen al propio conocimiento. No sabemos sino lo que descubrimos y no comprendemos plenamente sino lo que sentimos. La Sabiduría no es un emplasto.

Decid si en cerebros empapados de la doctrina que os esbozamos puede tener cabida por un momento la idea de Intervención; si corazones alimentados y confortados por ella pueden dejar de rechazarla con energía? Ella es la de todos nuestros hermanos en ideal, como con magistral elocuencia expresa el doctor Argüello.

Nosotros no pretendemos haber